

¿A QUÉ LE TIENES MIEDO?

VENCE TUS TEMORES CON LA FE

AUTOR DE ÉXITO DEL *NEW YORK TIMES*

DR. DAVID JEREMIAH

¿A QUÉ LE TIENES MIEDO?

VENCE TUS TEMORES CON LA FE

DR. DAVID JEREMIAH



TYNDALE HOUSE PUBLISHERS, INC.
CAROL STREAM, ILLINOIS, EE.UU.

Visite Tyndale en Internet: www.tyndaleespanol.com y www.BibliaNTV.com.

TYNDALE y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Publishers, Inc.

¿A qué le tienes miedo?: Vence tus temores con la fe

© 2014 por David Jeremiah. Todos los derechos reservados.

Originalmente publicado en inglés en 2013 como *What Are You Afraid Of?: Facing Down Your Fears with Faith* por Tyndale House Publishers, Inc., con ISBN 978-1-4143-8046-9.

Fotografía de la portada y del interior © por franckreporter/Getty Images. Todos los derechos reservados.

Fotografía del autor © 2013 por Alan Weissman. Todos los derechos reservados.

Diseño: Alberto C. Navata, Jr.

Edición del inglés: Stephanie Rische

Traducción al español: Mayra Urizar de Ramírez

Edición del español: Mafalda E. Novella

Publicado en asociación con la agencia literaria Yates & Yates (www.yates2.com).

El texto bíblico sin otra indicación ha sido tomado de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con RVR60 ha sido tomado de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960® es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con NVI ha sido tomado de la Santa Biblia, Nueva Versión Internacional,® NVI.® © 1999 por Biblica, Inc.™ Usado con permiso de Zondervan. Todos los derechos reservados mundialmente. www.zondervan.com.

El texto bíblico indicado con LBLA ha sido tomado de LA BIBLIA DE LAS AMERICAS®, © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usado con permiso.

ISBN 978-1-4143-8055-1

Impreso en Estados Unidos de América

Printed in the United States of America

20 19 18 17 16 15 14
7 6 5 4 3 2 1

Contenido

Introducción vii

- CAPÍTULO 1 DESASTRES: *Miedo a una calamidad natural* 1
- CAPÍTULO 2 PADECIMIENTOS: *Miedo a la enfermedad grave* 33
- CAPÍTULO 3 DEUDAS: *Miedo a la pérdida financiera* 65
- CAPÍTULO 4 DERROTAS: *Miedo al fracaso* 95
- CAPÍTULO 5 DESCONEXIÓN: *Miedo a estar solo* 125
- CAPÍTULO 6 DESAPROBACIÓN: *Miedo al rechazo* 155
- CAPÍTULO 7 PELIGRO: *Miedo a los problemas repentinos* 183
- CAPÍTULO 8 DEPRESIÓN: *Miedo a un colapso mental* 211
- CAPÍTULO 9 MUERTE: *Miedo a morir* 239
- CAPÍTULO 10 DEIDAD: *Temor a Dios* 269

Epílogo 299

Reconocimientos 303

Notas 305

Introducción

Estás dormido en tu cama cuando tu despertador te despierta de golpe y a todo volumen inicia el día con las noticias de las congestiones del tráfico, de las tormentas que se avecinan, de los asesinatos de la noche, de los incendios, del desplome de la bolsa, de los escándalos del gobierno y de los accidentes automovilísticos. En lugar de levantarte de un salto, te cubres la cabeza con las colchas. Sabes en qué mundo tan aterrador vivimos y temes enfrentarte a todos los desafíos del día.

Sin embargo, tus temores de la mañana quizás no estén en las noticias; se tratan de tu trabajo. Vives con un miedo constante de quedar atrapado en la tendencia de reducción de personal. O te preocupas por una transacción comercial que tiene tu carrera en peligro.

Tal vez tu temor más profundo está en casa. ¿Puedes hacer el pago de la hipoteca de este mes? ¿Parece inestable tu matrimonio? ¿Te preocupan tus hijos? Después de un servicio reciente en la iglesia que pastoreo en el sur de California, un soldado joven que acababa de regresar de Afganistán lloraba mientras me pedía que orara por él. Temía que podría estar perdiendo a su familia.

Podría. Esa es la palabra que lo atormenta. Nuestro mayor temor es el «podría» condicional: la amenaza de lo que *podría* ocurrir. El temor circula en el campo de la posibilidad. O incluso de la imposibilidad, porque el temor es el tirano de la imaginación. Se impone en nosotros desde las tinieblas, desde su espejo borroso del quizás.

Mi amigo Don Wyrzten lo ha experimentado:

El monstruo engañoso del temor acecha en las tinieblas y espera abalanzarse sobre mi alma hasta destruirla. Como alguien propenso a la melancolía, a menudo veo su feo rostro: cuando batallo con el estrés emocional de una relación problemática, cuando temo que el fracaso esté a las puertas, cuando parece que me cuesta demasiado manejar el éxito y en días en que la ansiedad que flota libremente puede más que yo¹.

Esa última frase lo plasma para mí: «la ansiedad que flota libremente». Eso es lo peor: el temor nefasto de que algo está mal, pero no sabes qué. Te envuelve como una nube.

Si has batallado con el temor, no estás solo. El temor no respeta gente ni edad. Golpea al débil y al poderoso. Atormenta al joven y al viejo, al rico y al pobre. Hasta los que parecen tenerlo todo, incluso las celebridades, los héroes y los líderes «intrépidos», confiesan tener una amplia variedad de fobias.

Jennifer Aniston, Cher y Whoopi Goldberg tienen aerofobia. Tienen miedo de volar. Barbra Streisand es xenofóbica: se siente incómoda cuando está con desconocidos. A Michael Jackson le atormentaba el temor a la contaminación, y a las infecciones y enfermedades. Tenía misofobia. No obstante, la celebridad con más fobias es Woody Allen. Le tiene miedo a los insectos, a la luz

del sol, a los perros, a los venados, a los colores brillantes, a los niños, a las alturas, a las habitaciones pequeñas, a las multitudes y al cáncer.

La gente famosa del pasado no era distinta. A George Washington le aterraba que lo enterraran vivo. Richard Nixon le temía a los hospitales, y Napoleón Bonaparte, el genio militar y político, le temía a los gatos.

Fobias: una exhibición circense de esclavitud mental.

Algunos temores nos atacan solo momentáneamente, pero otros pueden permanecer con nosotros toda la vida. Una persona con temor a las alturas puede sentir que su pulso se acelera cuando entra a un ascensor con paredes de vidrio y sube veinte pisos en el vestíbulo de un hotel, pero su temor termina cuando sale del ascensor hacia el pasillo del hotel.

Por otro lado, nuestros temores al fracaso, a la soledad, al rechazo, al desastre inminente o a contraer una enfermedad grave parece que nunca desaparecen. Son temores constantes enclaustrados en la mente. Son temores que atacan la vida misma. Esos son los temores a los que me refiero en este libro.

Esos temores se pueden describir con lo que los lingüistas llaman «rango semántico» de palabras: *miedo*, *preocupación*, *ansiedad*, *intimidación*, *perturbación*, *temor*, *intranquilidad*, *angustia*, *aprensión* y otros. A veces es difícil saber exactamente cuáles de estas palabras describen mejor lo que sentimos, y realmente no importa. Cualquier término que usemos, todos estos sentimientos pueden suscitar respuestas tóxicas: inmovilización, parálisis, retraimiento, pasividad, depresión y trastornos psicossomáticos: enfermedades mentales sin causa física discernible.

Cuando pregunto: «¿A qué le tienes miedo?», estoy preguntando: «¿Qué es lo que te inmoviliza? ¿Qué es lo que te roba el gozo y destruye tu esperanza? ¿Qué es lo que te quita el sueño

noche tras noche? ¿Qué evita que vivas por fe y que tomes riesgos? ¿Qué te impide darle toda tu vida a un Dios amoroso que quiere solo lo mejor para ti?».

Creo que sé las respuestas a esas preguntas, por lo menos en parte, porque he vivido hombro con hombro con muchos cristianos maduros toda mi vida. Además, he sido pastor de miles de personas por casi cinco décadas. He descubierto que todos —incluso yo— le tenemos miedo a algo. Nuestro desafío es descubrir y analizar nuestros temores y encontrar una respuesta piadosa (bíblica) para ellos.

Cuando el apóstol Pablo aconsejó a Timoteo, su joven protegido, sabía que Timoteo le temía a algo, probablemente a su tarea de guiar a la gran iglesia de Éfeso. Timoteo fue criado en un pequeño pueblo de Asia Menor, y Éfeso era la gran ciudad. El mismo Pablo había pasado tres años en Éfeso mientras edificaba la iglesia allí. Un fuerte grupo de ancianos la lideraba; sin embargo, algunos falsos maestros estaban ocasionando problemas. Timoteo tenía que ir y ser el líder de todo el asunto. ¿Qué pastor joven no le tendría temor a una expectativa así?

Entonces ¿qué le dijo Pablo a Timoteo? «Tu temor no es de Dios. Lo que sí es de Dios es el poder, el amor y una actitud mental estable» (2 Timoteo 1:7, paráfrasis mía).

Pablo sabía que cuando obtenemos el punto de vista de Dios en cuanto a la fuente de nuestro temor, podemos hacer a un lado lo que no es de él y acoger lo que sí es. En todos mis años de seguir a Cristo, de estudiar la Biblia y de pastorear a cristianos con buenas intenciones, todavía no he encontrado un temor para el cual Dios no tenga una respuesta. La razón es simple: el mismo Dios es la respuesta a todos nuestros temores.

Piénsalo: el miedo casi siempre se basa en el futuro. A veces tenemos miedo porque sabemos lo que viene en el futuro, pero

es más común que le temamos a lo que no sabemos del futuro. Tenemos miedo a lo que podría pasar. Por ejemplo, la organización Gallup le preguntó a personas de trece a diecisiete años a qué le temían más. En orden descendiente, los diez temores más comunes de estos adolescentes eran: ataques terroristas, arañas, muerte/ser asesinado, no tener éxito en la vida/ser un fracaso, guerra, alturas, crimen/violencia, estar solo, el futuro y la guerra nuclear².

Observa que todos esos temores se basan en el futuro y son simplemente posibilidades. Es posible que esos adolescentes nunca se enfrenten a ninguno de ellos. Ya sea que el futuro sea dentro de un minuto (estás a la espera del diagnóstico del médico) o dentro de cinco años (te preocupas por tener suficiente dinero para tu jubilación), la sede del temor es el futuro.

Sin embargo, ¿qué es el futuro para Dios? ¡Para él, el futuro es ahora! Vivimos dentro del tiempo, mientras que Dios, quien lo hizo, vive fuera de él. Sabemos relativamente poco acerca del futuro, mientras que Dios lo sabe todo. Todos los acontecimientos de nuestra vida ocurren en dos marcos del tiempo: pasado y futuro. (El presente es una fuga continua, un momento infinitesimal que se convierte en pasado antes de que podamos definirlo). Dios, por otro lado, tiene solo un marco de referencia: el ahora eterno, en el que ve y sabe todo, incluso el futuro.

Por eso es que Dios es la respuesta a todos nuestros temores. Si Dios es bueno y amoroso (y lo es), y si Dios es todopoderoso (y lo es), y si Dios tiene un propósito y un plan que incluyen a sus hijos (y los tiene), y si somos sus hijos (como espero que tú lo seas), entonces no hay razón para temer nada, porque Dios está en control de todo.

Lo sé, esa es una buena teología y probablemente tú crees en ella, pero todavía tienes temores, aprensiones y un nudo en la

boca del estómago, ya sea a veces o todo el tiempo. La gran autora Edith Wharton dijo una vez que no creía en fantasmas, pero que les tenía miedo. Una cosa es saber algo con la mente y otra es creerlo con el corazón.

¿Cómo ayudas a un niño a enfrentar el miedo a la oscuridad? Primero, apelas a la mente. Enciendes la luz y le muestras que no hay nada atemorizante en la habitación. Después lo ayudas a poner en sintonía su corazón con lo que su mente ha aceptado. Ese es el proceso de la fe para todos nosotros. Aceptamos que Dios está en control y, con esa base, transferimos nuestra carga a sus hombros perfectos.

¿Y qué de nuestro futuro incierto? El pesimismo no funciona porque es otra forma de esclavitud mental. El optimismo quizás no tenga base en la realidad. La única manera de caminar valiente y confiadamente hacia un futuro desconocido es apostar todo en el poder, la bondad y la fidelidad de Dios.

Para entender por qué Dios es la respuesta a todos nuestros temores, debemos entender lo que la Biblia dice acerca del temor. Y dice mucho. Nos dice más de trescientas veces que no temamos. «No temas» es su mandamiento que se repite con más frecuencia. La palabra *miedo* aparece más de doscientas veces, y *temor* y *terror* más de cien cada una. Y para que no creas que nuestros héroes de la Biblia no tuvieron miedo, en las Escrituras dice que más de doscientos individuos tuvieron miedo. No todos ellos eran «los malos»; muchos fueron los personajes principales, como David, Pablo, Timoteo y otros.

Los héroes bíblicos fueron personas comunes que tuvieron que aprender las mismas cosas que tú y yo tenemos que aprender: a expulsar el temor incrementando el conocimiento de Dios, a cambiar el enfoque del temor presente al Dios eterno, a reemplazar lo que no se sabe del futuro con lo que sí se sabe de Dios.

Tuvieron que dejar atrás las cosas de niño (tenerle miedo a todo), y crecer en su fe y entendimiento.

Escribí este libro porque considero que el temor es un peligro real y presente en el cuerpo de Cristo. Muchos cristianos no tienen vidas libres de temor, y puede haber consecuencias serias cuando el temor no se retira. El autor y educador Neil T. Anderson escribe:

El temor es un ladrón. Erosiona nuestra fe, saquea nuestra esperanza, se roba nuestra libertad y se lleva nuestra alegría de vivir la vida abundante en Cristo. Las fobias son como los anillos de una serpiente: mientras más cedemos a ellas, más fuerte aprietan. Cansados de luchar, sucumbimos a la tentación de rendirnos a nuestros temores, pero lo que parecía una salida fácil se convierte, realmente, en una cárcel de incredulidad: una fortaleza de temor que nos mantiene cautivos³.

Jesús vino a «proclamar que los cautivos serán liberados», y creo que eso incluye a los que son prisioneros del temor (Lucas 4:18). Él también dice que la verdad es la clave de la libertad (Juan 8:32). Y aquí está la verdad: Dios es bueno (Salmo 119:68), Dios es amor (1 Juan 4:8, 16) y Dios tiene un futuro lleno de esperanza para sus hijos (Jeremías 29:11; Romanos 8:28-29). Dios es refugio y fortaleza, escudo y defensor de los que confían en él (Salmo 91:2-4). Por esas razones, y más...

No tengas miedo de los terrores de la noche
ni de la flecha que se lanza en el día.

No temas a la enfermedad que acecha en la oscuridad,
ni a la catástrofe que estalla al mediodía.

¿A QUÉ LE TIENES MIEDO?

Aunque caigan mil a tu lado,
aunque mueran diez mil a tu alrededor,
esos males no te tocarán.

SALMO 91:5-7

A medida que lees este libro, mi oración es que crezcas en tu convicción de que Dios es la respuesta a todos tus temores, que a medida que mires hacia el futuro no veas nada más que su poder y amor que te protegen a cada paso, y que encuentres la verdad que te liberará para vivir sin miedo la vida que Dios creó para que la disfrutes.

Dr. David Jeremiah
JUNIO 2013

CAPÍTULO 1

DESASTRES: *Miedo a una calamidad natural*

*No temeremos cuando vengan terremotos y las montañas se
derrumben en el mar.*

SALMO 46:2

Por lo menos los Trowbridge tenían un lugar para esconderse: el sótano de un vecino. Kelcy, su esposo y sus tres hijos entraron a su oscuridad fría, se acurrucaron debajo de una colcha y oyeron las sirenas de advertencia que sonaron un lunes por la tarde en mayo de 2013. Los Trowbridge vivían en los suburbios de la Ciudad de Oklahoma y un tornado mortal se avecinaba.

La familia solo se pudo sentar; se tomaron de las manos y oyeron cómo las sirenas dejaron de oírse por los ruidos que eran más fuertes y mucho más terribles. El alarido del viento se aproximó a la casa y se escucharon violentos golpes contra la puerta del sótano. Los niños comenzaron a llorar. «Shhh, solo son los escombros —dijo Kelcy—. Las cosas sueltas que vuelan por todas partes y golpean las paredes».

Luego, después de unos cuarenta minutos, hubo un silencio

estremecedor. Los Trowbridge salieron a la luz de un mundo que no reconocieron. Su vecindario estaba en ruinas. ¿Dónde estaba su casa? Yacía plana en la tierra, como las filas de otras casas en su calle. ¿Dónde estaba el automóvil de la familia? Finalmente descubrieron que se había elevado en el aire, se había desplazado por la calle y después había caído sobre su techo.

Uno por uno, los vecinos salieron, todos sin palabras. Donde habría habido pájaros trinando, solo había el sonido de sollozos acallados. Allí estaban los restos de sus vidas y la pérdida de ilusiones agradables: ilusiones de estabilidad y de seguridad en un mundo racional.

El señor Trowbridge no era de los que se quedaban parados. Se puso a trabajar recuperando y clasificando cosas, pero después de un rato se detuvo abruptamente.

«Llamen a la policía», dijo en un tono monótono.

Allí, en medio de ladrillos, tubos y escombros, había una niña no mayor de dos o tres años. Estaba muerta. El señor Trowbridge permaneció estoico hasta que llegó la policía; luego se descontroló y lloró por la niña, por su familia y por la violencia de la tierra.

Mientras tanto, cerca de la escuela primaria Plaza Towers, Stuart Earnest Jr. vio y oyó cosas que sabía que lo atormentarían por el resto de su vida. El tornado había atacado directamente a la escuela. Siete niños habían perdido la vida y Earnest no podía alejar los ruidos de la tragedia. Oía las voces de los que gritaban pidiendo ayuda y los gritos, igual de desgarradores, de los que trataban de llegar para ayudarlos.

Un niño de cuarto grado llamado Damian Britton estaba entre los sobrevivientes de Plaza Towers, gracias a una maestra valiente que le había salvado la vida. A Damian le parecía que todos los horrores habían ocurrido en un período de cinco minutos, antes de que los estudiantes salieran de sus escondites. En todas partes

era básicamente lo mismo: cinco minutos cortos para los pequeños, o para cualquier otro, para aprender esas lecciones tan profundas de vida y de pérdida.

Tengo que decirte que es difícil narrar esas historias. Sería mucho más fácil mantener el tono placentero y cómodo, incluso en un libro acerca del miedo. Por supuesto que el problema es que las historias son verdaderas y lo sabemos. Ellas pueden volver a ocurrir en otros cinco minutos, o mañana, o el día siguiente. Cada año, las noticias nos dan otro recuerdo más de que las fuerzas naturales que gobiernan este planeta son turbulentas e inestables.

Vivimos en una clase de negación necesaria. Continuamos con nuestra vida diaria como si tuviéramos garantías de seguridad que simplemente no son posibles en esta vida. Nos felicitamos por nuestros avances impresionantes en tecnología y pretendemos haber conquistado cada desafío para la vida y para la salud. Sin embargo, no es así. La naturaleza es maravillosa e inspiradora, pero es también monstruosa e inhumana.

En el 2004, la gran tragedia fue el *tsunami* del Océano Índico, que mató a doscientos treinta mil personas. Me cuesta asimilar esa cantidad. En el 2005 tuvimos el huracán Katrina. ¿Y quién puede olvidar el 2010 y el 2011? El terremoto en Haití le costó la vida a otras doscientas veinte mil personas; el *tsunami* de Japón, por lo menos a quince mil.

No obstante, esos solamente son los acontecimientos climáticos de primera plana. Hay demasiados terremotos, incendios, inundaciones, huracanes, tornados, hambrunas, tormentas y *tsunamis* como para que siquiera llevemos la cuenta. Los desastres naturales se propagan en nuestro mundo y nos cuestan incontables millones de dólares y, más significativamente, cientos de miles de vidas.

Los desastres naturales hacen que surjan muchas preguntas en cuanto a la naturaleza de nuestra seguridad, de nuestro miedo a lo incontrolable y, especialmente, acerca del carácter de Dios. Esas preguntas necesitan respuestas. Sin embargo, me gustaría abrir la discusión hablando de un personaje bíblico que experimentó dos desastres naturales en el período de veinticuatro horas. Su nombre, por supuesto, era Job.

LOS DESASTRES NATURALES EN LA VIDA DE JOB

Job se ha convertido en el modelo por excelencia para soportar los desastres, y si alguna vez hubo alguien que pensáramos que no lo merecía, ese era Job. Los primeros versículos de su libro dan testimonio en cuanto a Job en cuatro áreas. En primer lugar, aprendemos acerca de su *fe*, que «era un hombre intachable, de absoluta integridad, que tenía temor de Dios y se mantenía apartado del mal» (Job 1:1). Job no era alguien sin pecado, pero era maduro de carácter y era un hombre honrado.

Job se distingue también por su *fortuna*: «Poseía siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes y quinientas burras; también tenía muchos sirvientes. En realidad, era la persona más rica de toda aquella región» (Job 1:3).

En los días de Job, la riqueza se calculaba en relación con la tierra, animales y sirvientes, y Job tenía esas tres cosas en abundancia. Era el hombre más rico de su época.

No era solamente un hombre de fortuna sino de *familia*. El primer capítulo nos dice que había criado hijos e hijas que eran muy unidos. Hacían grandes fiestas de cumpleaños unos para otros, después de las cuales su padre hacía sacrificios a Dios por ellos. Él decía: «Quizás mis hijos hayan pecado y maldecido a Dios en el corazón» (Job 1:5). La fe y la familia estaban entrelazadas para él.

Por último, él tenía muchos *amigos*. Algunos son famosos por su papel en el libro de Job, pero sin duda había muchos más que no fueron mencionados. Job 2:11 relata cómo un grupo de sus amigos más cercanos llegaron a acongojarse con él después de las grandes pérdidas que sufrió. Si sabes algo del relato de Job, recuerdas que esos amigos terminaron defraudándolo. Aun así, eran sus amigos y llegaron de lugares lejanos a ministrarlo en su tiempo de necesidad.

Estaban en lo correcto al sentarse con él para ayudarlo a llevar la carga de su duelo. Donde se equivocaron fue en que intentaron darle explicaciones y soluciones trilladas para una situación que era todo menos simple. Al final, provocaron lo peor y no lo mejor de Job. Aun así, se nos dice que él los perdonó y que hubo reconciliación (Job 42:9-11).

Lo que esos amigos no podían saber, ni tampoco el mismo Job, era que las fuerzas espirituales estaban funcionando mucho más allá de lo que ellos se daban cuenta. Los detalles se relatan en Job 1:8-12:

Entonces el SEÑOR preguntó a Satanás:

—¿Te has fijado en mi siervo Job? Es el mejor hombre en toda la tierra; es un hombre intachable y de absoluta integridad. Tiene temor de Dios y se mantiene apartado del mal.

Satanás le respondió al SEÑOR:

—Sí, pero Job tiene una buena razón para temer a Dios: siempre has puesto un muro de protección alrededor de él, de su casa y de sus propiedades. Has hecho prosperar todo lo que hace. ¡Mira lo rico que es! Así que extiende tu mano y quítale todo lo que tiene, ¡ten por seguro que te maldecirá en tu propia cara!

—Muy bien, puedes probarlo —dijo el SEÑOR a Satanás—. Haz lo que quieras con todo lo que posee, pero no le hagas ningún daño físico.

Entonces Satanás salió de la presencia del SEÑOR.

Armado con el permiso de Dios, Satanás se puso a trabajar, y la ruina de Job llegó rápidamente con cuatro calamidades que ocurrieron en un solo día. Estas eran las condiciones: Satanás podía atentar contra las posesiones de Job, pero no contra su persona. Por lo que se inició el gran experimento, pero lo que ya vemos es que está claro quién está a cargo de este mundo. El diablo puede probar a Job, pero no sin el permiso de Dios. Nuestro Dios reina y no podemos darnos el lujo de olvidarlo durante una discusión de desastres, ni en ninguna otra ocasión.

¿Qué le das al hombre que lo tiene todo? Desastres, algo que Job todavía no había experimentado. Comienza en uno de esos banquetes, con los hijos e hijas reunidos, riéndose y disfrutando de la compañía mutua.

Un mensajero se acerca a Job con noticias perturbadoras. Unos invasores sabeos descendieron a su propiedad, se robaron el ganado de Job y mataron a sus sirvientes. Solo ese mensajero había sobrevivido para llevar la noticia (Job 1:13-15).

No obstante, aun antes de que el sirviente terminara con su relato, antes de que Job lo asimilara todo, la puerta se abre y otro mensajero se para allí. Está pálido, con los ojos bien abiertos mientras susurra: «Cayó del cielo el fuego de Dios y calcinó a las ovejas y a todos los pastores» (Job 1:16).

En ese momento parece que el día de Job no puede ponerse peor, pero un tercer mensajero está justo atrás. La frase: «Mientras este mensajero todavía hablaba» se usa tres veces en este pasaje.

Por lo menos para Job, el antiguo adagio es cierto: las desgracias nunca llegan solas.

El tercer mensajero trae noticias de que ha habido una invasión de los caldeos. Se han robado los camellos, han matado a los sirvientes y sí, han dejado un solo mensajero afligido (Job 1:17).

Mucho le ha salido mal a Job, calamidad tras calamidad, pero antes de que pueda encontrarle sentido a todo esto, o de formular cualquier clase de plan de recuperación, cae el tiro de gracia:

No había terminado de hablar el tercer mensajero cuando llegó otro con esta noticia: «Sus hijos e hijas estaban festejando en casa del hermano mayor y, de pronto, un fuerte viento del desierto llegó y azotó la casa por los cuatro costados. La casa se vino abajo y todos ellos murieron; yo soy el único que escapó para contárselo».

JOB 1:18-19

Junto con todo lo demás, Job debe haber sido bendecido con un corazón fuerte. ¿Puedes imaginar recibir semejantes noticias? Él estaba dedicado a sus hijos; constantemente los llevaba ante Dios. A pesar de toda su intercesión, habían muerto de un golpe. Él enfrenta diez tumbas recién cavadas y un silencio doloroso desde el cielo. *¿Por qué, Dios?*

El libro de Job siempre ha sido el libro apropiado para ayudar a la gente a sobrellevar la existencia y los efectos del mal. Al principio, el libro nos muestra tres fuentes principales del mal. Primero, hay personas malas, como los sabeos y los caldeos que mataron a los siervos de Job y se robaron sus bueyes, burros y camellos. Luego, muestra el mal destructor de los desastres naturales en el incendio que destruyó a las ovejas y a los pastores de Job, y la tormenta de viento que mató a los hijos de Job. Y detrás

de todo, vemos el mal a un nivel cósmico en manos de Satanás que, con el permiso de Dios, orquestó todo el desastre.

Ya que los eruditos consideran que Job es el libro más antiguo de la Biblia, sabemos que el problema de los desastres naturales ha estado con nosotros durante todo el tiempo que los humanos han caminado en la tierra. La Biblia no pasa por alto las preguntas más difíciles de la vida; no trata de hacernos esquivar la mirada. Se nos invita a pararnos con Job en el cementerio, a que veamos las cenizas de sus sueños y le preguntemos a Dios: *¿Por qué?* La primera pregunta que evoca esta historia en particular y los desastres naturales en general es esta: *¿Qué dicen de Dios estos desastres recurrentes?*

LOS DESASTRES NATURALES Y LA REALIDAD DE DIOS

A Dios no se le puede divorciar de los desastres

Algunos dicen que a Dios ni siquiera debería incluirse en la discusión de los desastres, ya que él no tendría nada que ver con semejante mal. La explicación es algo así: Dios creó el mundo, pero no participa en su funcionamiento. Esta filosofía se llama deísmo. Acepta la existencia y la bondad de Dios, pero lo aleja de cualquier cosa que ocurra en el mundo que creó.

Creo que muchos cristianos frecuentemente adoptan cierta clase de deísmo en un intento de disculpar a Dios. Nos permite afirmar la bondad de Dios en vista de los males terribles simplemente al decir que no son su culpa. Él creó un mundo bueno y no debería culpársele si todo sale mal. No obstante, las Escrituras son claras en que Dios está obrando activamente en el universo (Job 37).

Otra manera en la que liberamos a Dios de responsabilidad por los desastres es echándole la culpa a Satanás por ellos, pero

sabemos por nuestro estudio de Job que Satanás no puede hacer nada sin el permiso de Dios (Job 1:8-12). Si Satanás tiene que obtener permiso de Dios para hacer lo que hace, entonces Dios todavía está en control y reina en los asuntos humanos. La gente percibe su control, sobre todo cuando llama a los desastres naturales «actos de Dios».

Así que el hecho de que digamos que Dios no está involucrado en esos acontecimientos cataclísmicos es demasiado simplista para explicar todos los hechos. Ya sea que nos resulte cómodo o no, debemos discutir este asunto con integridad teológica. La Biblia nos enseña que Dios es soberano; él reina tanto en los momentos agradables como en los que no son tan agradables. Veamos algunas de las razones por las que existen los desastres en un mundo que Dios controla.

Dios emplea los elementos de la naturaleza para el funcionamiento del mundo

La Biblia contiene muchos pasajes que refutan la idea de que Dios puso en marcha la naturaleza y ahora deja que funcione a su antojo. Los siguientes pasajes bíblicos presentan a un Dios activo que está involucrado íntimamente en el control y sustento de todos los acontecimientos del mundo natural. Aquí tienes una pequeña muestra:

El SEÑOR hace lo que le place
por todo el cielo y toda la tierra,
y en los océanos y sus profundidades.
Hace que las nubes se eleven sobre toda la tierra.
Envía relámpagos junto con la lluvia
y suelta el viento desde sus depósitos.

SALMO 135:6-7

Él da la luz de su sol tanto a los malos como a los buenos
y envía la lluvia sobre los justos y los injustos por igual.

MATEO 5:45

Él ordena que caiga la nieve en la tierra
y le dice a la lluvia que sea torrencial. [...]

El aliento de Dios envía el hielo
y congela grandes extensiones de agua.

Él carga las nubes de humedad
y después salen relámpagos brillantes.

Las nubes se agitan bajo su mando
y hacen por toda la tierra lo que él ordena.

JOB 37:6, 10-12

Dios emplea los elementos de la naturaleza en su oposición al mal

Dios no solo usa los elementos de la naturaleza para mantener al mundo funcionando, sino que también los usa como castigo o para llevar a su pueblo hacia la rectitud.

Al principio de la Biblia vemos que Dios envía un diluvio para destruir un mundo oscurecido por el pecado, y salva solo al piadoso Noé y a su familia (Génesis 6–8). Más adelante, cuando los israelitas vagaban en el desierto, Dios envió juicio a Datán, Abiram y Coré, que lo habían rechazado: «La tierra abrió la boca y se tragó a los hombres, junto con [...] todo lo que poseían» (Números 16:32).

Dios envió fuego para destruir a Sodoma y a Gomorra por su perversidad (Génesis 19:24); envió plagas para castigar a Egipto (Éxodo 7–12); creó una plaga que mató a setenta mil hombres debido al pecado de David al contar a la gente (2 Samuel 24:15); y envió una tormenta feroz para atraer la atención de Jonás y llevarlo al arrepentimiento (Jonás 1:4-17).

En Amós 4 hay un pasaje extenso que describe cómo trata Dios con la desobediencia de su pueblo. Si alguna vez nos vemos tentados a separar a Dios de los desastres naturales, este pasaje debería pararnos en seco. Aquí tienes una vívida descripción de La Biblia de las Américas:

Yo también os he dado dientes limpios en todas vuestras
ciudades,
y falta de pan en todos vuestros lugares;
pero os no habéis vuelto a mí —declara el SEÑOR.
Y además os retuve la lluvia
cuando aún faltaban tres meses para la siega;
hice llover sobre una ciudad y sobre otra ciudad no hice
llover;
sobre una parte llovía,
y la parte donde no llovía, se secó.
Así que de dos o tres ciudades iban tambaleándose a otra
ciudad para beber agua,
y no se saciaban;
pero no os habéis vuelto a mí —declara el SEÑOR.
Os herí con viento abrasador y con añublo;
y la oruga ha devorado
vuestros muchos huertos y viñedos,
vuestras higueras y vuestros olivos;
pero no os habéis vuelto a mí —declara el SEÑOR.
Envié contra vosotros una plaga, como la plaga de Egipto,
maté a espada a vuestros jóvenes, junto con vuestros
caballos capturados,
e hice subir hasta vuestras narices el hedor de vuestro
campamento;
pero no os habéis vuelto a mí —declara el SEÑOR.

Os destruí como Dios destruyó a Sodoma y a Gomorra,
y fuisteis como tizón arrebatado de la hoguera;
pero no os habéis vuelto a mí —declara el SEÑOR.

AMÓS 4:6-11, LBLA

Cuando alejamos a Dios de la responsabilidad de los desastres del mundo, aseguramos más de lo que nos damos cuenta. Porque si Dios no está en control de los desastres del mundo, ¿cómo podemos depender de él, de que está en control de nuestra vida y del futuro? O está involucrado en todas las funciones del mundo, o no está involucrado en ninguna de ellas.

Antes de seguir adelante, es crítico que haga una distinción entre el juicio general de Dios por el pecado de la humanidad y su supuesto juicio por el pecado de hombres y mujeres en particular. Es cierto decir que todo el juicio de Dios se debe al pecado y que él usa los desastres para administrar juicio, pero no es cierto decir que cada desastre en particular es juicio por algún pecado en particular, cometido por alguna persona o país en particular.

Después del 11 de septiembre, algunas personas se apresuraron a señalar que el desastre había sido juicio de Dios sobre Estados Unidos por nuestra rebelión en su contra. Aunque eso podría haber sido cierto, ¿cómo podría alguien en la tierra saberlo con seguridad?

Casi todos los desastres y tragedias que han ocurrido en Estados Unidos en los últimos años han incitado a algunos expertos a declarar que la tragedia es un juicio particular, por un pecado en particular, que se había cometido en el contexto inmediato del desastre. La verdad es que no conocemos los misterios del corazón y de la voluntad de Dios. En el Evangelio de Lucas, Jesús advierte en contra de hacer el papel de profetas de salón. Pilato había asesinado a unos galileos y otros habían muerto

cuando una torre se derrumbó en Siloé. Cuando le preguntaron sobre eso, Jesús dijo:

¿Piensan que esos galileos eran peores pecadores que todas las demás personas de Galilea? [...] ¿Por eso sufrieron? ¿De ninguna manera! Y ustedes también perecerán a menos que se arrepientan de sus pecados y vuelvan a Dios. ¿Y qué piensan de los dieciocho que murieron cuando la torre de Siloé les cayó encima? ¿Acaso eran los peores pecadores de Jerusalén? No, y les digo de nuevo, a menos que se arrepientan, ustedes también perecerán.

LUCAS 13:2-5

Jesús nos hizo recordar que en nuestro mundo caído ocurren desastres, y le ocurren tanto a la gente mala como a la buena, sin distinción ni explicación. No nos toca clasificar esto como una desgracia o aquello como juicio de Dios sino simplemente, como Jesús señaló, reflexionar en el pecado de nuestro propio corazón.

A Dios no se le puede desacreditar por los desastres

Por supuesto que algunas personas quitan totalmente a Dios de la ecuación; simplemente no existe, según ellos, y no necesitamos más pruebas de esto que los desastres. El apologista Dinesh D'Souza resume esta línea de razonamiento en su libro *Lo grandioso del cristianismo*:

Si Dios existe, él es todopoderoso. Si él es todopoderoso, está en la posición de detener el mal y el sufrimiento. Pero sabemos por la experiencia que el mal y el sufrimiento continúan, escandalosamente, inmisericordemente, sin

siquiera un indicio de proporción o justicia. De esta manera, no puede haber un ser omnipotente que sea capaz de prevenir todo esto, porque si lo hubiera, de seguro lo haría. Por lo tanto, Dios no existe¹.

El ateo George Smith habla por aquellos que intentarían plantear esto con una lógica razonable: «El problema del mal es este. [...] Si Dios sabe que hay mal y no puede prevenirlo, no es omnipotente. Si Dios sabe que hay mal y puede prevenirlo, pero no desea hacerlo, no es omnibenevolente»².

A veces, es pura emoción y no razonamiento lógico lo que provoca una conclusión como esa. Después del *tsunami* de 2010, un comentarista del periódico *The Herald* de Escocia escribió:

Dios, si es que hay un Dios, debería sentirse avergonzado. La magnitud del desastre del *tsunami* asiático, la muerte, la destrucción y el caos que ha causado, la escala de miseria que ha ocasionado, seguramente deben poner a prueba la fe hasta del creyente más firme. [...] Espero estar en lo correcto [...] que no hay Dios. Porque si lo hubiera, entonces tendría que asumir la culpa. En mi opinión, él sería totalmente culpable, y yo no querría tener nada que ver con él³.

Sin embargo, espera un minuto. C. S. Lewis, que alguna vez fue ateo, veía los desastres no como una prueba en contra de la existencia de Dios, sino, al razonar como lo hizo cuando llegó a la fe en Cristo, como una prueba real de la existencia de Dios:

Mi argumento en contra de Dios era que el universo parecía muy cruel e injusto, pero ¿cómo llegué a esa idea

de *justo e injusto*? Un hombre no dice que una línea está torcida si no tiene la idea de una línea recta. ¿Con qué estaba comparando este universo cuando lo llamé injusto? Si todo el espectáculo era tan malo y sin sentido de cabo a rabo, por decirlo así, ¿por qué yo, quien se suponía que era parte del espectáculo, me encontraba en una reacción violenta en su contra? [...] De esa manera, en el mismo acto de tratar de demostrar que Dios no existía —en otras palabras, que toda la realidad no tenía sentido— descubrí que estaba obligado a asumir que una parte de la realidad —específicamente mi idea de la justicia— tenía mucho sentido. En consecuencia, el ateísmo resulta ser demasiado simple. Si todo el universo no tiene significado, nunca habríamos averiguado que no tiene sentido: de la misma manera, si no hubiera luz en el universo y por lo tanto no hubiera criaturas con ojos, nunca sabríamos que estaba oscuro. *Oscuro* no tendría sentido⁴.

El hecho de que tengamos una idea clara de justicia y de perfección en un mundo contaminado con injusticia e imperfección ofrece evidencia sólida de que sí existe un Dios bueno.

Una verdad que frecuentemente pasamos por alto es que las muertes masivas ocasionadas por los desastres no pueden desacreditar a Dios más de lo que lo pueda hacer una sola muerte. Sabemos quién trajo la muerte al mundo y no fue Dios. Debemos recordar que cada una de las personas que murió en el terremoto de Haití de todas formas habría muerto al final. El hecho de que murieran simultáneamente en realidad no es más trágico que si sus muertes se hubieran esparcido durante las siguientes décadas. El hecho es que las repentinas e inesperadas muertes simultáneas nos impactan más.

Los desastres no pueden definir a Dios

Después de cada desastre, frecuentemente oímos algo como esto: «Nunca podría creer en un Dios que permitiría que a sus criaturas les ocurrieran cosas tan terribles».

El Dios en que esa gente quiere creer es el Dios tipo «padre helicóptero», que sobrevuela justo arriba de nosotros todo el tiempo, aislándonos de toda situación desagradable, como un padre sobreprotector. Quieren un Dios que garantice protección, seguridad y felicidad, y que nos libre de toda tragedia y dolor, incluso el dolor disciplinario. Dios es mejor que eso. Él no complace cada deseo nuestro, más bien, aplica disciplina para ayudarnos a llegar a ser la clase de criatura que pueda habitar en una eternidad maravillosa.

Los que definen a Dios solo por el mal que él permite pasan por alto el otro lado de su queja. Sí, hay mal en el mundo, pero también hay una enorme cantidad de bien. Si Dios no es bueno, como ellos afirman, ¿cómo justifican todo el bien que experimentamos? ¿Es justo juzgarlo por el mal y no atribuirle el bien?

En su libro *¿Dónde estaba Dios?* Erwin Lutzer escribe:

A menudo la misma gente que pregunta dónde estaba Dios después de un desastre se rehúsa ingratamente a adorarlo y honrarlo por los años de paz y calma. Ellos dejan de lado a Dios en los buenos tiempos, pero piensan que Él está obligado a ayudarlos cuando vienen los tiempos malos. Creen que el Dios al que deshonran cuando están bien debería sanarlos cuando están enfermos; que el Dios al que ignoran cuando son ricos debería rescatarlos de la inminente pobreza; y que el Dios al que se rehúsan a adorar cuando la tierra permanece firme debería rescatarlos cuando comienza a temblar.

Debemos admitir que Dios no nos debe nada. Antes de que acusemos a Dios por su despreocupación, debemos agradecerle por aquellos tiempos en que su cuidado es muy evidente. Siempre estamos rodeados por bendiciones inmerecidas. Nos bendice hasta con su silencio⁵.

En un mundo que contiene tragedias, debemos darnos cuenta de que las bendiciones las superan enormemente en cantidad. Un poco de reflexión resalta el hecho de que no podemos permitir que otros nos definan a Dios. La Biblia y el buen sentido común borran mucha confusión.

No se puede negar que vivimos en un mundo donde pasan muchas cosas malas, y mucho de eso parece que no se merece. Dinesh D'Souza pregunta: «¿Por qué ocurren cosas malas a la gente buena? La respuesta cristiana es que no hay gente buena. Ninguno de nosotros merece la vida que tenemos, que es un regalo gratuito de Dios»⁶.

Dios es amoroso y sus dones abundan en nuestro mundo. También su disciplina. Por eso es que debemos rehusar dejar que solo un lado de la ecuación nos defina a Dios.

Los desastres no pueden derrotar a Dios

Cuando los desastres ocurren, a veces nos vemos tentados a creer que los propósitos de Dios se han frustrado. Dejemos que Dios hable por sí mismo sobre este tema:

¡Solo yo soy Dios!

Yo soy Dios, y no hay otro como yo.

Solo yo puedo predecir el futuro
antes que suceda.

Todos mis planes se cumplirán
porque yo hago todo lo que deseo. [...]
He dicho lo que haría,
y lo cumpliré.

ISAÍAS 46:9-11

Una razón por la que tememos a los desastres es porque su aparición hace parecer que Dios no está en control, que de alguna manera las cosas se le han escapado de las manos. En esos momentos debemos recordar que un solo hilo en el gran tejido no puede abarcar todo el lienzo. Nuestra visión es demasiado limitada para percibir cualquier significado final en una calamidad: la manera en que nuestro sufrimiento actual encaja en el propósito final de Dios. Aun así, como nos dice Pablo: «Sabemos que Dios hace que todas las cosas cooperen para el bien de quienes lo aman y son llamados según el propósito que él tiene para ellos» (Romanos 8:28).

Como cualquier otra pieza de este tema complicado, es fácil confundir el significado de este versículo. Como nos dice James Montgomery Boice, Pablo no quiere decir que las cosas malas sean buenas:

El texto no enseña que las enfermedades, el sufrimiento, la persecución, el dolor o cualquier otra cosa de esas sea buena en sí. Al contrario, esas cosas son malas. El odio no es amor. La muerte no es vida. El sufrimiento no es alegría. El mundo está lleno de mal, pero lo que el texto enseña [...] es que Dios usa esas cosas para efectuar sus buenos propósitos en la gente. Dios saca bien del mal⁷.

Dios sacó bien de la obra con la que Satanás quería destruir la fe de Job. Él usó la realidad horrible de la crucifixión de un Cristo

perfecto para fines maravillosos. En las manos sabias y poderosas de Dios, los acontecimientos malos se usan como herramientas que obran para fines buenos.

La clave está en el orden de las palabras en el idioma original: «Sabemos que para los que aman a Dios —dice el texto griego—, él está obrando». En otras palabras, Dios está activo incesante, enérgica y decididamente a su favor. Él está involucrado; está ocupado creando un destino glorioso para los que lo aman.

La frase que Pablo usa para describir cómo obra Dios a nuestro favor es interesante. Él dice que «todas las cosas cooperan». Esa expresión se traduce de la palabra griega *sunergeo*, de la que obtenemos nuestra palabra *sinergia*. La sinergia es el funcionamiento conjunto de varios elementos para producir un efecto mayor que, y frecuentemente completamente distinto a, la suma de cada elemento actuando de manera separada.

Así que las cosas no simplemente nos salen bien de alguna manera si dejamos que la naturaleza siga su curso. Dios hace que ocurra esta sinergia. ¡Él es el que revuelve la mezcla! Por eso es que los desastres no pueden derrotar a Dios ni desviar sus planes y propósitos. Toda la naturaleza está bajo su control: *todas las cosas cooperan*. El que controla la naturaleza nos sostiene en sus manos.

Donald Grey Barnhouse explica que la parte de «sabemos» de Romanos 8:28 es un antídoto excelente para el miedo a los desastres:

Es posible que aquí y ahora sepamos que todas las cosas cooperan para nuestro bien. Aferrarnos a ese hecho es tranquilizar la turbulencia de la vida para llevar tranquilidad y confianza a toda la vida. Nada puede tocarme a menos que pase por la voluntad de Dios. Dios

tiene un plan para mi vida. Dios está obrando de acuerdo a un propósito firme y eterno⁸.

En el siguiente poema, Annie Johnson Flint usa el funcionamiento complicado de la maquinaria industrial para darnos un cuadro creativo del control completo de Dios de «todas las cosas».

*En el edificio de una fábrica, hay ruedas y engranajes,
Hay cigüeñales y poleas, correas ajustadas o flojas...
Algunas giran velozmente, algunas rotan lentamente,
Algunas se impulsan hacia delante, algunas hacia atrás;
Algunas son suaves y silenciosas, otras son ásperas y ruidosas,
Golpean, rechinan, suenan, se mueven de un tirón;*

*En una confusión bárbara de aparente caos,
Se elevan, impulsan, accionan; pero hacen su trabajo.
Desde la palanca más poderosa hasta el piñón o engranaje
 más pequeño,
Todas las cosas se mueven juntas con el propósito planeado;
Y detrás del funcionamiento hay una mente que controla,
Una fuerza que dirige y una mano que guía.*

*Así funcionan todas las cosas para los amados de Dios;
Algunas cosas podrían ser dolorosas si estuvieran solas;
Parecería que algunas obstaculizan; y algunas podrían
 hacernos retroceder;
Pero obran juntas, y obran para bien,
Todos los anhelos frustrados, todas las negaciones severas,
Todas las contradicciones, difíciles de entender.
Y la fuerza que las sostiene, las apresura y las retarda,*

Las detiene, las pone en marcha y las guía, es la mano de nuestro Padre^o.

Hace varios años, mi esposa y yo recordamos el ejemplo inspirador de una pareja que confiaba en el control de Dios sobre todas las cosas. Mientras visitábamos Jerusalén, algunos amigos nos llevaron a almorzar al hotel American Colony. Cuando nos sentamos para comer, nos entregaron un pequeño folleto que relataba la historia del hotel y de su restaurante.

Me impactó descubrir que el hotel le pertenecía a la familia de Horatio Spafford, el hombre que escribió las palabras de mi himno evangélico favorito: «Alcancé salvación». Frecuentemente he relatado las circunstancias trágicas que rodearon la composición de esta canción, pero el folleto incluía hechos que yo no conocía. Aquí tienes la historia:

En 1871, Horatio Spafford vivía en el suburbio Lake View de Chicago. Era un abogado joven con su esposa, Anna, y cuatro niñas. En octubre de ese año, un incendio devastó todo el centro de la ciudad. Nadie está seguro de cómo comenzó el incendio, pero mató a cientos de personas y destruyó secciones completas de la ciudad.

La gente vagaba sin hogar y con hambre por toda la ciudad. Los Spafford estuvieron muy involucrados haciendo todo lo que podían para ayudar a las familias desoladas, pero no fue un ministerio de corto plazo. Dos años después, cansados de su trabajo, planificaron un viaje a Europa para descansar. Sin embargo, a última hora, los negocios hicieron que Horatio se quedara en la ciudad. Anna y las cuatro niñas abordaron un barco y salieron del puerto.

Ya tarde una noche durante el viaje, otro barco embistió al barco de vapor, el cual se hundió en veinte minutos. A Anna, una

de las cuarenta y siete personas que fueron rescatadas, la sacaron del agua inconsciente y flotando sobre restos del naufragio, pero las cuatro niñas Spafford fallecieron. Anna le envió un telegrama desde París a su esposo: «Salvada sola. ¿Qué debo hacer?». Ella le comentó a otro pasajero que Dios le había dado cuatro hijas y se las había llevado, y que quizás algún día ella entendería por qué.

Horatio abordó un barco para buscar a su esposa y llevarla de regreso a casa. Cuando el curso del barco atravesó el mismo lugar donde sus hijas habían desaparecido, el capitán lo llamó a su cabina y se lo dijo. Horatio, profundamente conmovido, buscó un pedazo de papel del hotel en el que había estado antes del viaje. Anotó las palabras de «Alcancé salvación», que ahora es uno de los himnos favoritos en el mundo.

De regreso en Chicago, la pareja trató de comenzar de nuevo. Les nació un hijo y luego otra hija. Tal vez lo peor había pasado. Entonces, otra tragedia: el niño murió de escarlatina a los cuatro años de edad.

De manera inexplicable, la iglesia de la familia adoptó la opinión de que seguramente esas tragedias eran el castigo de un Dios iracundo por algún pecado no específico por parte de los Spafford. A Horatio, que era anciano de una iglesia que había ayudado a construir, le pidieron que se fuera, en lugar de que su comunidad lo acogiera y lo consolara.

En 1881, la pequeña familia se fue de Estados Unidos para iniciar una vida nueva en Jerusalén. Alquilaron una casa en la sección de la Ciudad Vieja, con la meta de imitar la vida de los cristianos del primer siglo tanto como les fuera posible. Pronto la familia llegó a ser conocida ampliamente por su amor y servicio a los necesitados, así como por su devoción a las Escrituras. Incluso hoy en día, el centro infantil Spafford funciona en Jerusalén y en Cisjordania y provee servicios de salud y apoyo educativo a unos

treinta mil niños anualmente, bajo el liderazgo de los descendientes de los Spafford¹⁰.

Anna y Horatio Spafford sufrieron pruebas severas de su fe, pero no culparon a Dios por su sufrimiento. Sabían que él estaba en control de las cosas y porque él no pudo ser derrotado, ellos tampoco. Su fe les permitió aprender a través de sus pruebas y usar su dolor para bendecir a otros, y avanzar el evangelio.

Espero que esta sección haya ayudado a quitar la neblina que oscurece nuestro entendimiento de la conexión que hay entre Dios y los desastres. Cuando nuestro dolor nos lleva a ver a Dios como que él no está involucrado en la calamidad, que es impotente para controlarla o que ha sido derrotado por ella, cortamos la rama que nos sostiene, y caemos en el temor. Esto nos deja sin esperanza, porque un Dios todopoderoso es nuestro único solaz en los tiempos trágicos.

Ahora veremos formas en las que la experiencia de desastres puede bendecirnos en realidad.

LOS DESASTRES NATURALES Y LAS RESPONSABILIDADES DEL HOMBRE

En medio del dolor y del sufrimiento, es difícil darse cuenta de que los desastres pueden ofrecer beneficios vitales. Así como los destructores incendios forestales limpian la maleza que con el tiempo ahoga los árboles, los desastres en nuestra vida pueden hacernos ver nuestros puntos ciegos para enfrentarlos con una visión más clara.

Los desastres nos enseñan a arrepentirnos de nuestro pecado

Anteriormente en este capítulo discutimos una ocasión de Lucas 13 en la que Jesús se refiere a dos tragedias contemporáneas.

¿Murieron las víctimas porque eran más pecadoras que los sobrevivientes? No, responde él; todos perecemos si no nos arrepentimos. En otras palabras, el mayor desastre natural de todos ocurrió en el jardín de Edén; el resto es daño colateral. La Caída nos hace a todos víctimas si no permitimos que Jesucristo se encargue del problema de nuestro pecado.

Cuando lees de gente que pierde la vida en incendios, inundaciones, huracanes, tornados y *tsunamis*, ¿te preguntas alguna vez cuántos estaban preparados para encontrarse con su Dios? ¿Te hace la pregunta examinar tu propia preparación (2 Corintios 13:5)? Nuestra preparación para reunirnos con Dios reduce en gran medida nuestro miedo a los desastres.

Muchos factores están en juego en el ámbito de un desastre, pero uno de ellos seguramente es obra de Dios que llama nuestra atención a sí mismo. A decir verdad, estamos rodeados de tragedias y desastres desconocidos: una cultura oscura, obsesionada con el sexo y la violencia; la rápida decadencia de la moral; el deterioro de la influencia cristiana en nuestro mundo. ¿Cuántos más son víctimas de estos venenos hechos por el hombre que de las fuerzas del viento y del clima? A veces se requiere del poder dramático de un huracán o de alguna otra fuerza de la naturaleza para llamar nuestra atención y girar nuestra mente hacia los asuntos de la eternidad.

Dios usa los desastres y las tragedias para cumplir su voluntad perfecta en nosotros, a través de nosotros y, a veces, para llevarnos a sí mismo en primer lugar. En la iglesia que pastoreo, casi todos los que dan testimonio de su fe en su bautismo tienen algo en común: han llegado a Cristo a través de alguna experiencia difícil. Frecuentemente es la pérdida de algún ser amado, o un divorcio, o la pérdida de trabajo. Dios usa la dificultad y los desastres para obtener la atención de las personas a las que busca.

¿Cómo funciona esto? Erwin Lutzer nos dice:

Los desastres naturales podrían alejar de Dios a alguna gente, pero en otros tiene el efecto contrario, los lleva a los brazos de Jesús. La destrucción de la naturaleza ha ayudado a diferenciar lo temporal de lo permanente. Los desastres les recuerdan a los vivos que el mañana es incierto, de manera que debemos prepararnos hoy para la eternidad. Hoy es el tiempo aceptable; hoy es el día de la salvación.

Cuando vienen los desastres, Dios no es puesto a prueba, *nosotros lo somos*¹¹.

Los desastres nos enseñan a reflexionar en la bondad de Dios

Cuando veo reportes de desastres naturales, a medida que los medios de comunicación nos los transmiten instantáneamente, mis primeros pensamientos van hacia las vidas perdidas y a las familias destrozadas. También experimento una sensación de gratitud porque estos acontecimientos no afectaron a mi familia ni a gente que conozco.

Solía sentirme culpable por eso, de la misma manera que me sentía culpable por la gente que tuvo cáncer al mismo tiempo que yo, pero que no sobrevivió. No obstante, desde entonces he llegado a entender que es apropiado estar agradecido porque he sido salvado, aunque me lamento por los que se han perdido.

Mark Mittelberg escribe:

Es común en medio de la sequía [...] olvidar que lo normal es que llueva. O en medio de una inundación olvidar que los torrentes no son frecuentes. O cuando el médico nos da malas noticias olvidar que, para la

mayoría de nosotros, llegan luego de muchos años de relativa buena salud¹².

Las bendiciones de Dios abundan; son la norma, y es apropiado estar agradecidos por ellas todo el tiempo, a pesar de las circunstancias que nos rodean.

Los desastres nos enseñan a ser sensibles con los que sufren

Los incendios del sur de California del 2003 y el 2007 destruyeron los hogares de varias familias de nuestra iglesia y diezmaron una comunidad de las montañas, arriba de nuestro lugar de adoración. Nunca había experimentado algo que afectara a nuestra iglesia tan directamente.

Hasta el día de hoy, la gente todavía habla de las formas en que fue transformada para bien con un acontecimiento que no podía parecer peor. Cuando el diablo envía un incendio forestal, Dios envía el fuego santo de seguidores de Cristo llenos del Espíritu. Cuando el diablo envía una inundación, Dios envía el refrigerio de agua viva.

Durante esos acontecimientos trágicos, mucha de nuestra gente hizo exactamente lo que hicieron al principio los amigos de Job: se sentaron con la gente que sufría. A veces la presencia en silencio es el ministerio más poderoso. Cuando la gente sufre, por ejemplo, los razonamientos espirituales y la cita indiscriminada de pasajes bíblicos pueden no tener el efecto esperado. La gente no necesita nuestras respuestas; simplemente necesita nuestros hombros para llorar, nuestra compañía en la oscuridad. Estos son los momentos en los que la iglesia de Jesucristo está en su apogeo. Y cuando alguien finalmente se voltea a nosotros y pregunta por qué, podemos decir: «Me gustaría sentarme contigo frente a una

taza de café y que pronto trabajemos juntos en esas preguntas, pero ahora, estoy aquí para servirte. ¿Qué puedo hacer?».

En 1940, C. S. Lewis publicó su primer libro popular sobre la doctrina cristiana, *The Problem of Pain* (*El problema del dolor*). Fue un ataque intelectual a la opinión de que el sufrimiento y el mal excluyen la existencia de Dios. Fue un libro para la mente, y uno muy bueno. Pero en realidad no tocó el corazón; eso llegó veintiún años después, cuando Lewis se encontró escribiendo una clase muy distinta de libro.

En *A Grief Observed* (*Una pena en observación*), la tristeza dolorosa de Lewis, e incluso su ira, se propagaba en cada página. Había perdido a su amada esposa por cáncer en los huesos y estaba abrumado por la pena. Ya no le interesaba debatir puntos; ahora su corazón estaba destrozado. Este nuevo libro tenía más preguntas que respuestas. Se leía como un viaje de lamento que de alguna manera llegó a un puerto seguro para la fe.

Cuando terminó de escribir, Lewis entendió que el mundo nunca lo había visto así de franco y emotivo. Decidió publicar *Una pena en observación* bajo su nombre de pluma, N. W. Clerk. Sin embargo, un ejército de amigos amorosos pronto le llevaron el libro de «Clerk» y le dijeron: «Toma, tal vez este pequeño volumen te ayude». Lewis tuvo que revelar su pseudónimo y admitir que él era el autor del libro y el dueño del dolor del relato. Fue el libro que nació del dolor, más que el libro de respuestas intelectuales, el que ministró a otros que sufrían¹³.

Los desastres realizan una cirugía dolorosa en nuestras partes más íntimas, pero la mano del Médico es tierna y segura. Él quiere hacernos mejores, más fuertes y más capaces para ministrar en un mundo de corazones quebrantados. Mientras ministramos nuestro propio dolor y el de otros, asumimos una semblanza creciente del Salvador que sanó el sufrimiento donde lo encontró.

Los desastres nos enseñan a recordar la promesa de Dios

Dios nos ha dado una promesa espectacular e integral que provee la cura definitiva para nuestro miedo a los desastres. Apocalipsis 21:3-4 dice: «Oí una fuerte voz que salía del trono y decía: “¡Miren, el hogar de Dios ahora está entre su pueblo! Él vivirá con ellos, y ellos serán su pueblo. Dios mismo estará con ellos. Él les secará toda lágrima de los ojos, y no habrá más muerte ni tristeza ni llanto ni dolor. Todas esas cosas ya no existirán más”».

Los desastres nos recuerdan que Dios no pretende que esta tierra caída, llena de muerte, desastres y corrupción, sea nuestro hogar permanente. Como dice el antiguo espiritual: «Este mundo no es mi hogar; yo de pasada voy». Las calamidades que experimentamos aquí solo son fenómenos temporales. Cada desastre nos recuerda que nos espera una eternidad sin desastres, e inspira a nuestro corazón para que la anhelemos.

Pablo afirma este anhelo: «Toda la creación espera con anhelo el día futuro en que Dios revelará quiénes son verdaderamente sus hijos. [...] Pues sabemos que, hasta el día de hoy, toda la creación gime de angustia como si tuviera dolores de parto» (Romanos 8:19, 22).

Dinesh D’Souza resume cómo esta promesa de Dios asegura nuestra victoria final a través de los desastres:

La única manera en que realmente podemos triunfar sobre el mal y el sufrimiento es vivir para siempre en un lugar donde esas cosas no existan. El cristianismo afirma que ese lugar existe y que está disponible para todos los que lo busquen. Nadie puede negar que, si esta afirmación es cierta, entonces el mal y el sufrimiento están expuestos como dificultades e injusticias temporales. Son tan pasajeros como nuestras breves

vidas mortales. En ese caso, Dios nos ha mostrado una manera de imponernos ante el mal y el sufrimiento, que finalmente son superados en la vida futura¹⁴.

Los desastres nos enseñan a confiar en la presencia de Dios y en su poder

Comenzamos este capítulo examinando la terrible experiencia de un hombre llamado Job. Es apropiado que volvamos a su vida otra vez para descubrir cómo se desarrollaron los acontecimientos trágicos de su vida.

Job experimenta depresión severa mientras batalla para hacerle frente a sus pérdidas, pero pronto encuentra dentro de sí un poderoso y confiable compromiso con Dios. Dice: «Dios podría matarme, pero es mi única esperanza» (Job 13:15).

Por la gracia de Dios, Job logra mantener firmes su fe y su confianza en Dios, seguro de que algo mejor está preparado para él:

En cuanto a mí, sé que mi Redentor vive,
y un día por fin estará sobre la tierra.
Y después que mi cuerpo se haya descompuesto,
¡todavía en mi cuerpo veré a Dios!
Yo mismo lo veré;
así es, lo veré con mis propios ojos.
¡Este pensamiento me llena de asombro!

JOB 19:25-27

Finalmente, Dios habla con Job y sus amigos, pero en lugar de ofrecer explicaciones, proclama su omnipotente autoridad y avergüenza sus intentos insensatos de explicar el sufrimiento. Al escuchar la voz de Dios, Job se humilla y se arrepiente de interrogar a Dios:

Hasta ahora solo había oído de ti,
pero ahora te he visto con mis propios ojos.
Me retracto de todo lo que dije,
y me siento en polvo y ceniza en señal de
arrepentimiento.

JOB 42:5-6

Sin embargo, ese no fue el final de la historia de Job. En el último capítulo de su libro se nos dice que «el SEÑOR bendijo a Job en la segunda mitad de su vida aún más que al principio», y le dio superabundancia de ganado y otros diez hijos (Job 42:12-15). De esa manera, Job fue ampliamente recompensado por su paciencia, su fe y su completa confianza en el poder de Dios.

No debemos deducir que esto significa que a todos los que sufren desastres se les restaurará todo en esta vida. La promesa es que no importa qué sufran aquí los que aman a Dios, vendrá un tiempo en el que las bendiciones de Dios harán que olvidemos todo el dolor que alguna vez soportamos.

La famosa autora de devocionarios Hannah Whitall Smith fue asediada con dolores terribles y preguntas sin respuesta. A ella le parecía, como te parece a ti y a mí, que nadie podía entender lo que experimentaba. No sabía a quién acudir en busca de ayuda, hasta que le hablaron de una cristiana profundamente espiritual que vivía en los alrededores:

Por lo tanto, una tarde me armé de valor, fui a verla y compartí con ella todos mis problemas; con la esperanza de que ella, por supuesto, se interesara profundamente en mí y se esforzara en hacer todo lo posible por ayudarme.

[...] Cuando terminé mi historia e hice una pausa, esperando simpatía y consideración, simplemente dijo:

—Sí, todo lo que dices puede ser muy cierto, pero a pesar de todo eso, está Dios.

Esperé unos minutos por algo más, pero no hubo nada, y mi amiga y maestra daba la impresión de que había dicho todo lo que tenía que decir.

—Pero —continué— seguramente no entendiste lo graves y desconcertantes que son mis dificultades.

—Ah, sí —respondió mi amiga—, pero entonces, como te dije, está Dios.

Y no pude persuadirla para que me diera otra respuesta. Me pareció muy decepcionante e insatisfactorio. Sentí que mis experiencias peculiares y verdaderamente angustiantes no podían atenderse con algo tan simple como la afirmación: «Sí, pero está Dios». [...]

Por fin [...] poco a poco llegué a creer que, al ser mi Creador y Redentor, él tiene que ser suficiente; y finalmente en mí surgió una convicción de que él era en realidad suficiente, y mis ojos se abrieron al hecho de la total suficiencia absoluta y completa de Dios¹⁵.

Dios es suficiente. ¿Te parecen estas palabras de guía como le parecieron a Hannah al principio, una trivial simplificación excesiva? Podrían verse de esa manera hasta que, al igual que Hannah, pensamos un poco más profundamente. El hecho es que Dios *debe* ser suficiente, porque si no lo es, ¿a dónde vamos por el plan B? Si el Dios del cielo y de la tierra —que es más poderoso que todos los ejércitos del mundo, que puede hacer que la tierra

¿A QUÉ LE TIENES MIEDO?

se derrita en el mar— no es el Señor de tu crisis, estás en un gran problema. Y yo también.

Dios *es* suficiente. Él está en control. Él sostiene el destino de las galaxias en sus manos, a la vez que sabe el número exacto de los cabellos de tu cabeza. Por encima de todo lo demás, él te ama y decidió derramar ese amor, no con palabras sino con sangre.

Entonces, deja que el viento sople. Deja que la tierra se abra debajo de nosotros. Encontramos nuestra fortaleza solo en Dios... y él es suficiente:

Dios es nuestro refugio y nuestra fuerza;
siempre está dispuesto a ayudar en tiempos de dificultad.
Por lo tanto, no temeremos cuando vengan terremotos
y las montañas se derrumben en el mar.
¡Que rujan los océanos y hagan espuma!
¡Que tiemblen las montañas mientras suben las aguas!

SALMO 46:1-3